

el espíritu del protestante en todo el curso de su carrera moral.

Mas como las cosas se comprenden mejor considerándolas en sí mismas que en sus abstracciones, demos una ojeada á la historia del Protestantismo, y desde luego se nos presentará este error como un desbordamiento irregular, ya se considere en su longitud, ya en su anchura.

Fijándonos en su longitud, lo vemos sufrir á cada momento innumerables variaciones en materia de fe; de donde resulta que los protestantes se hallan en continuo movimiento y sin encontrar nunca reposo, como lo han demostrado y probado Bossuet y Mohler en sus inmortales obras.

En cuanto á su latitud, encontraremos en él un carácter de perpétua disgregacion en innumerables sectas, de las cuales podrian formarse voluminosos diccionarios, como lo hicieron Pluquet, Rapp, Gregoire y Migne.*

Este doble carácter de inestabilidad y descomposicion, tan contrario á la firmeza y á la unidad de la verdadera fe, durará tanto

* *Diction. des heresies des erreurs et des schismes.* 1864.

como el Protestantismo, de cuya esencia proceden necesariamente la una y la otra.

Hé aquí probado teórica y prácticamente, *á priori* y *posteriori*, que el Protestantismo destruye el concepto y la naturaleza de la fe.

§ II

Destruye tambien la Iglesia.

El Protestantismo destruye la fe: veamos ahora cómo destruye tambien la Iglesia.

Con el nombre de Iglesia entendemos aquí una sociedad bien organizada, instituida por Jesucristo, cuya doctrina profesa, gobernada por leyes y dotada de la autoridad correspondiente. Que el Protestantismo destruye la Iglesia así considerada, lo prueban muchas razones.

Primera razon. El Protestantismo no puede probar que fué instituido por Jesucristo, puesto que nació como por encanto, de una contienda personal, quince siglos despues de haber fundado Jesucristo su Iglesia sobre Pedro.

Segunda razon. El Protestantismo carece

de autoridad, tanto para establecer como para conservar una profesion de fe, como hemos probado en el párrafo anterior.

Tercera razon. El Protestantismo carece de jerarquía, y antes bien todos los protestantes se reconocen igualmente sacerdotes en virtud del bautismo, y por lo tanto, cada cual tiene derecho de gobernarse por sí mismo.

Cuarta razon. Los mismos protestantes confiesan que carecen de un centro, al cual se dirijan para formar sociedad las innumerables agrupaciones en que se hallan divididos. Así es que pueden compararse en cierto modo á los hebreos, que en cada ciudad tienen una sinagoga con su correspondiente rabino; pero sin que dos ó mas de ellas formen sociedad. Cada secta protestante, mejor dicho, cada fraccion de secta, vive y se gobierna independientemente, y sin mútua comunicacion, bajo diferentes formas políticas, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos y en las demás naciones de América.

Quinta razon. Los mismos protestantes desconocen el concepto de Iglesia, puesto que unos la consideran compuesta únicamente en los elegidos y justos, y así la tienen por invis-

ble; otros admiten dos Iglesias, la visible y la invisible, si bien solo miran á ésta como única verdadera; otros suponen que la Iglesia verdadera y universal se halla invisiblemente contenida y como envuelta en la externa é invisible; otros afirman que las promesas hechas por el Salvador se refieren exclusivamente á la Iglesia invisible; en una palabra, no saben qué decir en un asunto de tanta importancia.

Ahora bien: ¿de dónde procede esta algarabía de opiniones, sino de la necesidad de eludir las dificultades que les oponemos los católicos? Si les preguntamos que dónde estaba la primera Iglesia verdadera de Lutero, no pueden responder que en la comunión romana, porque en este caso les replicaríamos: ¿y por qué os habeis separado de ella? Luego estais fuera de la Iglesia. Si responden que ha perecido la verdadera Iglesia, les diríamos: pues entonces, ¿quién ha creado la verdadera Iglesia presente que afirmáis ser la vuestra? ¿Se ha fundado á sí misma? Pues en este caso no es la Iglesia de Jesucristo, la cual, segun suponeis, pereció hace ya muchos siglos.

Así es que, para eludir la fuerza de este

poderoso argumento, apelaron á la Iglesia visible é invisible, mejor dicho, ni visible ni invisible: en una palabra, destruyeron la noción de Iglesia. Sus diversas y contradictorias opiniones sobre este particular pueden verse en Murray (1), al cual remitimos al lector.

Sexta razon. La confesion expresa de muchos protestantes, que negaron crudamente que Jesucristo hubiese fundado Iglesia alguna, sino solo una *cristiandad* ó *cristianismo* vago é indeterminado; como el calvinista Benjamin Constant (2), el luterano Breischneider (3), Guizot (4) y el calvinista Matter (5).

Otros opinaron que la Iglesia es un átomo imperceptible, como el ginebrino Cognard. Otros, que no es sino un ideal universal é invisible, es decir, un puro ente de razon sin realidad, como la *Semana Religiosa* (6), órgano del Protestantismo de Ginebra. Otros,

(1) *Tract. de Eccles.*, Dublin, 1860, vol I., paragraf. I, diss. V, de Visib. Eceles.

(2) *De la Relig. considerée dans sa source.*

(3) En la obra *Enrique y Antonio.*

(4) *Cours d'histoire moderne civil*, tomo I, lecc. III.

(5) *Histoire de l'Eglise.*

(6) 16 de Junio de 1853.

en fin, renunciando á toda ambigüedad, dijeron claramente que no existia Iglesia alguna, como el autor de las *Cartas confidentiales* al bibliotecario Biesler, el cual dice en la página 455: «Propiamente hablando, *no existe Iglesia entre los protestantes.*»

Pressensé afirma que Jesucristo no fundó Iglesia alguna, sino que cada fiel se forma su propia Iglesia, la cual no es otra cosa que una asociacion de intereses espirituales, *libre y revocable.*

El profesor Diodaté, como asegura su amigo y compañero Ernesto Naville, exclamaba antes de morir: «*No hay Iglesia..... El Protestantismo es un método, y no una religion verdadera* *.»

§ III

Destruye tambien la moral.

Está, pues, fuera de duda que el Protestantismo es la destruccion de la Iglesia; vea-

* De todo esto pueden verse pruebas abundantes en mi obra *La idea cristiana de la Iglesia destruida en el Protestantismo*, capítulo VI.